



Las lágrimas del gobernador

Por Liliputiense Leninista

El 27 de abril de 1994, Arnoldo Castillo, por entonces gobernador de Catamarca, anunciaba el tantas veces truncado desarrollo provincial. No se trató de un anodino acto de gestión gubernamental, sino la escenificación de una significativa dramatización política cuyos efectos, aun a día de hoy, permean parte importante de la sensibilidad política provincial. Naturalmente, no había espacio para actuaciones desangeladas ni rutinarias. La épica era el objetivo. El escenario escogido para esta singular actuación fue el *Cine Teatro Catamarca*, emplazado en pleno centro de la capital provincial. Mientras rompía en llanto, el discurso del gobernador cifraba el destino del pueblo catamarqueño en la radicación del capital extranjero. Después de varias experiencias fallidas, la minería venía finalmente a quebrar centurias de postergación provincial.

La *performance* de Castillo contó con un distinguido aforo compuesto de eufóricos empresarios mineros —quienes, con toda probabilidad, no hablaban el castellano; examinado a la distancia, tal vez estos representaban los verdaderos actores de la obra y no constituían simples espectadores de esta tragicómica pieza periférica. La celebración del jugoso banquete político, elaborado a medida del paladar del capital, justificó la presencia del Presidente de la República, Carlos Menem, que para la ocasión vestía un pulcrísimo traje azul y lucía unas patillas recién afeitadas. No menos emocionado que Castillo, el riojano, de modo catártico, empatizó con el gobernador:

“Yo comprendo la emoción sincera y real que embarga al querido gobernador de Catamarca [...] Como hombre del interior que transitó largamente el camino mineral de provincias que soñaban este tipo de explotaciones, debo expresar con satisfacción que por fin en la República Argentina se pone en marcha el país real, el país verdadero, el país federal”

Tres años después, Catamarca inauguraba, en suelo nacional, la *gran* explotación minera, llevada a cabo por manos extranjeras. La élite política provincial estaba pletórica, puesto que conquistaba su primera gesta políticamente significativa a nivel histórico. El cobre producido en *Bajo la Alumbraera*, propiedad de un *Joint Venture* suizo-canadiense, constituyó el proyecto minero más importante de Sudamérica; el *commodity* transformó la matriz económica provincial, al tiempo que impulsó una reinvención identitaria en torno a la minería, antes inexistente en términos sustantivos. Más allá de sus consecuencias materiales, Catamarca se había convertido en una provincia minera, la primera del país.

Asimismo, la producción cuprífera vino con un añadido aun más importante que su valor comercial: la promesa de un futuro. Este futuro otro, central para los objetivos de construcción

hegemónica de la novísima alianza entre capital extranjero y élite política, incluía edificaciones barriales, nuevas escuelas, hospitales de alta complejidad, rutas asfaltadas y miles de puestos de trabajo. El país federal del menemismo empezaba a erigirse al ritmo de las detonaciones que el mismísimo Castillo tenía el “honor” de operar:

“¡Fuego uno!”, dijo Arnoldo Castillo, y una detonación en cadena levantó tres columnas de polvo químico con los colores de la bandera argentina justo en frente de 150 espectadores impávidos. “¡Fuego dos!”, ordenó el Gobernador, y ahora fueron tres detonaciones sincronizadas una detrás de otra, con tres tonalidades de marrón los que surcaron el aire al mediodía”

Un año más tarde, aunque de manera mucho más silenciosa, daba inicio la producción de litio en Catamarca. Nuevamente esta provincia era escenario de una inauguración “nacional”. En Antofagasta de la Sierra, departamento del norte provincial, el *Proyecto Fénix*, de propiedad estadounidense, comenzaba la producción litífera. Hacia 1998 el litio se encontraba marginalizado por el cobre. Por esa razón se explica que no existiesen teatros, lágrimas ni coros para celebrar su puesta en acción. El litio nace sin mito. Algunas décadas después, con la desaparición de *Bajo la Alumbra* y la valorización mundial del litio, la matriz minera provincial viró hacia este último. Basta echar un vistazo a los proyectos mineros provinciales actuales para convencerse: la mitad se explican por el litio; así como a los números del complejo exportador provincial: cerca del 90% se explica por el mismo mineral. Recién en este momento histórico, que es el nuestro, el litio se convirtió en un asunto de interés público; solo recientemente es tenido en cuenta por los canales oficiales de la propaganda político-corporativa.

Podría imaginarse que, dado que un mineral sucedió al otro, sus efectos, más o menos perniciosos para el ambiente, son similares. Podría argumentarse que, dado que la estructura exportadora minera se encuentra intacta, el mismo destino trágico se cierne sobre la provincia *secula seculorum*. Pero hay sutiles cambios ideológicos: la explotación del litio se encuentra atravesada simbólicamente por una diferencia específica que atañe, puntualmente, a una narrativa aséptica, cristalina, lejos de los *contornos sucios* asociados a la minería tradicional. Con el litio, el extractivismo se metamorfosea: la minería ya no vuela montañas, sino que opera mediante una mucho más inofensiva y sofisticada química. El extractivismo se “reinventa” para legitimarse.

Las lágrimas de Castillo solo fueron un episodio de una dilatada historia de expoliación latinoamericana. Pero es uno que sirve para pensar la actualidad. ¿Cuál ha sido el destino de las lágrimas del gobernador, sino convertirse en simples gotas en un mar (de glaciares derretidos)?